

A woman in a pink ballgown is the central focus, wearing a large necklace and long white gloves. She is surrounded by men in tuxedos, one of whom is holding a glass of champagne. The background is dark, and the floor is a black and white checkered pattern.

AE
& I


DÍAS *de* CHAMPÁN

RAFEL NADAL

Rafel Nadal



Días de champán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Quan en dèiem xampany*

- © Rafel Nadal, 2014
- © Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª planta, 08034 Barcelona
- © Josep Escarré Reig, 2014, por la traducción
- © Editorial Planeta, S. A., 2014
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2014
Depósito legal: B. 2.071-2014
ISBN: 978-84-08-12629-4
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Romanyà
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

—

PRÓLOGO. LA CONSPIRACIÓN DEL FRANCÉS	9
La comida de los sábados	11
El coche	13
La caja del Deutsche Bank	16
PRIMERA PARTE. EL BISABUELO	21
El mayor de can Paró	23
El día de la partida	26
«Les catalans»	30
Las cartas de Épernay	33
Tres fotos	36
El primer Père Noël	38
La casa de la Rue Clovis	43
Las matas de menta	46
La misa del cardenal	49
El bombardeo	53
Los taxis del general Gallieni	56
Una cruz de fuego	60
El compromiso de Angèle	65
Una pistola en la guantera	67
Olor a corcho quemado	72
Una noche en las bodegas	77

Jo	82
El regreso a Cassà	86
La fuga de Hélène	90
Carta a mi bisabuela	94
El piso de París	96
Una higuera entre escombros	98
Una joven demasiado moderna	104
En la estación de Perpiñán	107
Gebrüder Vidal	109
El final de la vendimia	112
Comida en el Círculo	114
Los viajes	118
«Tuyo hasta la muerte»	122
Noticias de los fugados	125
Una conversación a orillas del Tajo	127
La fiesta de los productores de champán	133
La cacería de Fresnes	137
Postales de Nueva York	139
Un hotel en La Fosca	141
La hija del banquero	146
Final de verano en Aÿ	149
Dos peces rojos	153
¡La fiesta ha terminado!	156
La boda más triste	158
El último viaje	162
Paraíso bajo el agua	165
Una figura en el muelle	168
Encuentro en el Anfra	172
El termómetro	175
Vagos y presumidos	180
La huida de los nazis	184
Las detenciones	186
El padre Fernando	188
El amigo de los judíos	193

«Les petits oiseaux»	197
El ladrón de sellos	199
El alcalde da el parte	201
Mi padre vuelve a Cassà	204
El inventario	207
Cartas a los amigos de Reims	211
El conde Bertrand de Mun	215
La gente vuelve a la ciudad	218
Amistad y negocio	220
La profecía de Robert Heidsieck	225
Encuentro en Toulouse	228
Refugio en el Rocafosca	234
El testamento	237
Comida en Castell	240
En la terraza	243

SEGUNDA PARTE. CUANDO VENÍAN

LOS FRANCESES	249
Los «tíos de Francia»	251
El rosario	258
Coles de Bruselas	261
Las galletas de nata de leche	263
Fuera alfombras	266
La pensión del padre Caum	269
La misa vermut	274
Tres mujeres	278
Invitación a Charlotte	280
La boda de mis padres	282
En el banquete	285
Francisco y María Teresa	288
El hombre de Sudáfrica	291
La falsificación de Veuve Clicquot	294
La adicción a la correspondencia	300

El atardecer del entierro	305
La Thiérion	308
El <i>bridge</i>	311
La nevera	314
El anillo de Suzanne	317
La jubilación forzada	319
Un monólogo en can Ruscalleda	323
Persianas mallorquinas	327
La decepción de Krug	331
El Ángel de la Sonrisa	333
«¡Baja y mira, mujer!»	336
<i>La Marsellesa</i>	339
«Je dis non, et c'est non!»	342
La excursión de la fábrica	346
La muerte	351
La tumba inundada	354
EPÍLOGO. EL BRINDIS FINAL	359
El golpe	361
La cena con el Francés	364
La bandera	366
Ni una palabra de catalán	369
Juego de sombras	371
La venta	373
El orgullo	376
El recelo	377
El olvido	379
El aniversario de mi madre	386
Nota del autor	389
Agradecimientos	391

LA COMIDA DE LOS SÁBADOS

En casa, siempre que se descorchaba una botella de champán, mi padre pedía el tapón, lo miraba un buen rato con gesto de entendido, se lo llevaba a la nariz y lo hacía rodar entre los dedos buscando la marca del fabricante.

—Buen tapón —sentenciaba con mucha solemnidad cuando reconocía las iniciales FO, que lo identificaban como un producto de Francisco Oller-Bouchons à Champagne, la empresa familiar especializada en la fabricación de taponos de corcho para cava y champán.

Después, nos lo íbamos pasando y cada uno de nosotros asentía con la cabeza, aunque en aquella época no sabíamos nada de cuadros, ni de discos ni de mangos.

La baba¹ Teresa era la encargada de las compras, que ordenaba por cajas, como si fuéramos un gran hotel, porque cuando al cava todavía lo llamábamos champán, esa ceremonia se repetía muy a menudo: brindábamos en Nochebuena y en la comida de Navidad; en San Esteban, en Nochevieja y el día de Reyes; el Domingo de Ramos y en Pascua; luego en el Corpus y en las verbenas de San Juan, San Pedro y San Jaime; también en la Ascensión, en las ferias de San Narciso, el día de Todos los Santos y el de la Purísima Concepción; y, por supuesto, descorchábamos botellas de champán en cada

1. Abuela, en catalán en algunas zonas de Gerona. (N. del T.)

uno de nuestros santos y cumpleaños, que en una familia de doce hermanos inevitablemente se sucedían a un ritmo alocado; y por último, estaban los bautizos, las comuniones, las confirmaciones y las comuniones solemnes.

Más adelante también empezamos a brindar en las bodas y aumentaron los bautizos —entonces de los nietos—, y poco después, en los aniversarios de boda. Con el paso de los años, nos hemos acostumbrado a descorchar alguna botella de champán casi todas las semanas y siempre hay más de una razón que lo justifique. En las comidas familiares de los sábados, cuando llegan los postres, mi madre enumera todas las fiestas de la semana:

—Hoy celebramos los santos de Quim, de Quimi y de las dos Annas, el cumpleaños del pequeño Guillem y el aniversario de boda de Pep y Iamen.

Por eso ahora, cuando oigo que se descorcha una botella de champán o de cava, se dispara mi nostalgia por los brindis que hicimos con la baba Teresa y toda la familia alrededor de la mesa en la plaza de Santa Llúcia de Gerona, en la Fosca o en la casa de Aiguaviva, y aún puedo ver a la baba ordenando que se descorchasen las botellas y a mi padre reclamando el tapón para sentenciar:

—No vale nada. Me he dado cuenta enseguida de que no era nuestro.

Como aquel primero de marzo de 2004, cuando mi padre condenó con un gesto despectivo un tapón de la competencia y mi hermano Jaume, el abogado de la familia, aprovechó para reclamar la atención de la mesa:

—Los franceses han dado un golpe en Oller y se han hecho con el control de la fábrica.

EL COCHE

Cualquiera habría gritado «¡Hijo de puta!» y habría escupido en la cara a Jean-Pierre. Pero Jaume tenía claro que no podían caer en el estilo burdo y sin escrúpulos del primo de Reims.

—¡Ni se te ocurra tenértelas con él! Devuélvele las llaves y las tarjetas. Pero no le hables de la caja fuerte de Sant Feliu —había aconsejado Jaume al director general.

—Desde ahora tienen prohibida la entrada en el recinto. —Kiku escuchó la voz del Francés dando órdenes a un guardia de seguridad—. Y que no toquen el coche, es de la empresa.

Jean-Pierre no entendía de sutilezas.

El director se mordió el labio y salió al patio, acompañado por el guardia, que lo observaba todo con cara de desconcierto. Cruzó rápidamente la explanada, mirando el coche de reojo; solo se detuvo cuando llegó a la puerta.

Aquella mañana, cuando se dirigía hacia la fábrica, le había parecido que los frutales de los huertos de la Verneda ya florecían. Ahora, el viento del sur, casi siempre tan cálido, era helado y traía el aire frío del Montseny, cubierto por una nevada tardía. Pensó un momento en los árboles, que quizá esa noche se helaran.

Después ya no pensó en nada. Solo quería llegar a casa y ducharse.

El coche quedó aparcado en el patio de la fábrica, justo en la parte más visible desde la carretera. Al día siguiente parecía un animal herido, teñido de blanco y con medio dedo de hielo en el parabrisas tras una de las noches más frías del invierno. Durante todo el día, la gente de Cassà desfiló por delante de la planta para comprobar el rumor que ya corría de boca en boca y que causaba angustia y rabia a partes iguales; la inestabilidad de la compañía podía poner en peligro los puestos de trabajo.

—Los franceses han dado un golpe en Oller y se han hecho con el control de la fábrica.

«La fábrica» era la empresa más grande y con más tradición del pueblo: Francisco Oller, S. A., fabricante de tapones de corcho para cava y champán, con sedes en Cassà de la Selva y en Reims, la capital de la Champaña. Continuada por Oller et Cie., la empresa fundada en 1892 por mi bisabuelo Francisco Oller en Épernay, en el corazón de la región champañera de Francia, daba trabajo a ciento veinte trabajadores en su planta de Cassà y exportaba a una veintena larga de países. Hacía más de cien años que tenía como clientes a algunos de los nombres más glamurosos del planeta: Louis Roederer, Taittinger, Bollinger, Deutz, Veuve Clicquot...

En los últimos tiempos, Oller había vivido una etapa de éxitos internacionales muy notable: con la apertura de nuevos mercados, había conseguido facturaciones y beneficios récord, y amortizaba sin problemas la planta más moderna de toda la industria corchera del Empordà, proyectada por iniciativa de mi tío Francisco y ejecutada por Kiku, el primo que hasta ese día había dirigido con entusiasmo la compañía. En realidad, la rama gerundense de la familia había capitaneado con acierto la fábrica de Cassà desde hacía casi cien años.

Cuando las ramas francesa y barcelonesa pactaron el golpe, la sorpresa fue extraordinaria; no es usual arrebatar el control a los directivos de una empresa que funciona a toda máquina, y menos si pertenecen a la familia de los fundadores y ellos mismos son también accionistas. Y tampoco es habitual hacerlo de una manera tan grosera, ni obligarlos a devolver el coche de la empresa y dejarlo aparcado a la vista de todos, en el patio de la fábrica.

Jaume, en nombre de la familia, pidió a la empresa que le vendiera el coche. El Francés se negó. Luego, el abogado de la familia se humilló y le llamó para pedirle que, al menos, lo aparcara en los cobertizos traseros, en la parte donde se almacenaba el corcho recién sacado y las planchas ya hervidas y listas para rebanar y fabricar los tapones. Ni se inmutó.

Sin embargo, Jaume tenía la llave.

LA CAJA DEL DEUTSCHE BANK

Cuatro días después del golpe, Jaume me propuso que le acompañara a Sant Feliu de Guíxols para revisar el contenido de la caja fuerte de la empresa en la sucursal del Deutsche Bank. Al pasar por Cassà, vi por primera vez el coche aparcado en el patio de la fábrica. Luego lo vería muchas más veces, porque durante muchos meses siguió expuesto en la entrada de Oller, junto a la carretera; el coche era un monumento a la derrota, alimentaba las especulaciones y atizaba las pasiones más bajas de la gente de Cassà. El Francés sabía cómo hacer daño y se aplicaba a ello a conciencia.

En el banco, cuando oímos el clic de la caja al abrirse, Jaume me miró con una sonrisa de curiosidad. Era tal y como la habían descrito siempre mi abuelo Joaquim, mi tío Francisco y Kiku, los familiares que se habían sucedido desde 1920 en la dirección de la empresa: un par de sobres con moneda extranjera, dos montones de cartas sujetos con una goma, planos, escrituras, legajos de documentos antiguos, dos viejos cuadernos de tapa dura, fotos, documentos oficiales, facturas...

Contamos el dinero: había veinticinco mil dólares australianos, cien mil rands sudafricanos y un puñado de francos suizos. Ojeamos algunas de las cartas, que se habían enviado a mi bisabuelo Francisco Oller, a mi tío abuelo Louis Oller —al que llamábamos «el tío Lluís de Francia»— y a mi

abuelo Joaquim Nadal. Luego estudiamos los planos: allí estaba la Thiérion, una máquina financiada por la empresa Oller que revolucionó la industria de los taponos de corcho en los años sesenta y que aún no ha sido superada. También figuraba la fórmula de la cola italiana que durante años ha marcado la diferencia entre los aglomerados de Oller y los de sus competidores. Estos eran los documentos realmente importantes para la empresa. Después estuvimos repasando un montón de papeles intrascendentes; ni estaban vigentes ni tenían relevancia histórica.

Entre ellos apareció el testamento del bisabuelo, que Jaume se metió en la cartera. Yo cogí los legajos de cartas, las fotos y las dos libretas de tapa dura, escritas con una caligrafía escolar muy elaborada. La primera tenía una cubierta con aguas negras y azules y una etiqueta blanca dibujada por mi bisabuelo: «Francisco Oller. Viaje a Francia (1885)»; las aguas de la otra eran rojas y negras, y en la etiqueta, debajo del nombre «Francisco Oller», rezaba: «Voyage Épernay-Champagne (1891)».

Volvimos a guardar el dinero, los planos, las escrituras y el resto de los documentos de la empresa en la caja fuerte. Jaume la cerró y se metió una llave en el bolsillo; la otra se la devolvió al director del banco. Nos despedimos de él y salimos al paseo de Sant Feliu de Guíxols justo en el momento en que un barco soltaba amarras y se separaba del muelle.

Después de una semana inesperadamente fría, un sol espléndido calentaba aquel mediodía de marzo, y caminamos hasta el final de la escollera. El mar brillaba totalmente en calma. El agua era transparente. En las rocas, las algas habían quedado al descubierto, como en enero, cuando se producen los descensos en el nivel del agua. El barco que habíamos visto maniobrando cuando salíamos del banco enfilaba ya la bocana del puerto. Pasó ante nosotros con la cubierta repleta de planchas de corcho atadas en fardos. El día

invitaba a embarcarse, pero nosotros nos dimos media vuelta y regresamos a Gerona.

Desparramé las cartas sobre la mesa del comedor y las ordené por fechas y por remitentes y destinatarios. Eran bastantes más de las que había calculado un par de horas antes, cuando estábamos en el banco, y su procedencia, más diversa de lo que había supuesto a primera vista. Hasta 1941, casi todas correspondían a productores de champán de todo el mundo que se dirigían a mi bisabuelo Francisco Oller Martinell, bien a la dirección de Cassà o, la mayoría, a la fábrica y al domicilio familiar de Reims. A partir del 41, el destinatario principal era mi abuelo Joaquim Nadal Vilallonga, y muchas estaban firmadas por su cuñado Louis Oller. Pero también había correspondencia de mi bisabuela Joana Viader, de Angèle Oller —mi abuela— y de sus hermanas, Yvonne y Hélène. Y una carta colectiva dirigida por los ocho hermanos Nadal Oller —entre ellos, mi padre— a Louis Oller, el tío Lluís de Francia.

Bajé de un estante los álbumes de fotos de la familia y un plano de Francia que desplegué en el suelo del comedor, sobre la alfombra de color carmesí con un estampado de gatos negros. Luego cogí la libreta más antigua de mi bisabuelo, la de las tapas negras y azules. Las primeras páginas estaban llenas de dictados que Francisco habría copiado siendo joven en las clases de francés, en Cassà de la Selva: «La girafe, une cage, mon genou, un gigot, mon village. L'horloge du clocher sonne midi. Sortant de l'école, je rencontre les gens du village. Georges rentre en grange son fourrage. Le forgeron ferre le cheval du gendarme. La boulangère Gertrude me donne un pain frais en échange de mon argent. Sur les toits les pigeons roucoulent. La brise légère fait tourner la girouette».

A mitad del cuaderno se interrumpían las lecciones de francés y empezaban unas anotaciones en forma de diario: eran los apuntes del viaje de mi bisabuelo a Toulouse de Languedoc, en 1885, cuando tenía dieciséis años, se había quedado huérfano de padre y madre y la filoxera había arruinado a Cataluña.

EL MAYOR DE CAN PARÓ

Francisco Oller, el mayor de can Paró, había subido con Calau a buscar setas a las Gavarres, más arriba de las Dues Rieres. Francisco, que acababa de cumplir dieciséis años, se convirtió en el heredero de can Paró al mes de haber nacido, cuando murió su hermano mayor, Josep, con solo cuatro años. Desde aquel día, se sucedieron los entierros en la familia: primero murió otro hermano más pequeño, Jaume, de dos años; después, en un parto que se complicó, fallecieron a la vez la madre, Maria Martinell, y el pequeño, que iba a llamarse Menna; finalmente, una larga enfermedad pulmonar se llevó al padre, Gaspar Oller, *Gasparó*. Francisco se convirtió en el hombre de la casa, porque la mayor era una chica, Agnès.

Pasaron toda la mañana en la umbría, entre las Dues Rieres y el Puig Gros, y al mediodía, cuando se reunieron, tenían los cestos repletos de setas. Las tormentas de agosto habían descargado con más fuerza en aquella zona de las Gavarres y ahora, a primeros de septiembre, ya aparecían los primeros *ceps* de la temporada; por eso habían ido tan lejos. Francisco sorprendió a Calau:

—Subamos a los Metges.

—¿No te parece bastante lo que hemos cogido?

—Sí, pero allí se estará muy bien a la hora de comer, con este día tan despejado.

El chico de can Paró llevaba días raro, y Calau no quiso contradecirle. Bajaron la hondonada del Daró y subieron a la otra vertiente.

Una hora más tarde comían un pedazo de pan y tocino, con la ermita de los Metges a sus pies, rodeados de romeros y madroños tan cargados de frutos que las ramas parecían a punto de quebrarse. Sentados uno al lado del otro, con la espalda apoyada contra un alcornoque recién pelado, miraban hacia el norte, los ojos perdidos en la llanura del Empordà y el golfo de Roses. El Montgrí se veía tan cerca que daba la impresión de que podían tocar la montaña con la punta de los dedos y, alargando un poco más la mano, incluso habrían podido acariciar el cabo Norfeu.

Escucharon voces que se elevaban desde los bancales que tenían detrás y supusieron que eran *burros* que transportaban planchas de corcho recién sacadas hacia alguna caldera, puede que a can Gironès. Francisco cortó un trozo de tocino y lo sostuvo entre el cuchillo y el dedo gordo. Después partió un trozo de pan y se lo metió todo en la boca con el cuchillo. Masticó despacio, para ganar tiempo y dejar que las palabras se ordenaran en un tono muy solemne.

—Me voy a Francia.

Calau hizo una mueca, pero no dijo nada. Permanecieron en silencio un buen rato, masticando. Francisco cogió la bota. Desde el verano, Agnès ya no le bautizaba el vino. Echó un trago largo y se pasó la manga por la boca.

—¡Maldita sea! Desde la filoxera, aquí ya no hay nada que hacer —insistió y ahora miró a Calau, que seguía inmóvil, con la mirada perdida hacia el norte.

—El viejo Forns dice que unos taponeros catalanes de Reims han dado trabajo a cuadradores de Llagostera. Y parece que también los buscan en Toulouse.

Calau no contestó. Con la punta del pie había arrancado una seta venenosa. La cabeza le daba vueltas tratando de

imaginarse cómo sería viajar al norte: pensó que quizás él también podría irse. Después se dio cuenta de que no tendría valor para abandonar a su madre y empezó a marearse. Francisco era huérfano, no tenía ataduras, y estaba cargado de razón: hacía cuatro años que en el pueblo todos habían perdido las viñas y también habían dejado de cortar cuadrados para hacer taponos de corcho, porque desde la plaga nadie los compraba.

Se levantó y pisó con rabia el boleto de Satanás, que había quedado boca arriba; el musgo amarillo se había vuelto morado.

—Bajemos —se limitó a decir—. Pronto refrescará.

Descendieron por los senderos de misa. En can Gironès, los hombres entraban y salían del bosque cargados de planchas de corcho y las iban dejando en la era para el primer hervor. Otro grupo apilaba los fardos ya hervidos en la pila para que el corcho reposara hasta el verano siguiente; Francisco pensó que en el almacén al aire libre, de lejos, las pilas de corcho parecían una colmena gigante. Adelantaron a un carro que bajaba planchas reblandecidas, del año anterior, hacia los almacenes de Cassà o de Llagostera, que empezaban a estar saturados: los propietarios seguían de saca en los alcornoques, pero si las cosas no mejoraban, pronto nadie compraría el corcho.

Volvieron a ascender para rodear el Puig Gros y cuando tuvieron el pueblo a sus pies, decidieron llegar hasta él por el camino de la Verneda. Ya estaban abajo, junto a cal Rebitxo, cuando Calau rompió el silencio:

—¡Mierda de filoxera!

EL DÍA DE LA PARTIDA

A partir de aquel día, Calau se volvió escurridizo. Cuando Francisco se presentaba en su casa, a primera hora, le decían que se había ido cuando aún era de noche. Hacía días que le oían llegar cuando ya se habían acostado.

—No sé qué le ocurre. No nos ayuda con los cuadros, y no llegaremos a tiempo de entregar el único encargo que nos han hecho en todo el año —se lamentaba la madre, preocupada.

Durante cuatro o cinco días, Francisco intentó localizarle. Se presentaba en su casa, cada día un poco más temprano, hasta que terminó aceptando que Calau no quería saber nada de él y lo dejó por imposible. Las horas que antes pasaban en el bosque las ocupó con un curso intensivo de francés: el señor Forns acababa de regresar de Argelia para trabajar en el proyecto del *tren pequeño*, de Gerona a Sant Feliu de Guíxols, y le daba clases gratis. La víspera de la Purísima Concepción encontró un sitio en la tartana del viejo Fullaca para bajar a la costa, a Sant Feliu. En el puerto apalabró un pasaje para la primavera en un barco que cada mes cargaba corcho hasta Sète. El señor Forns le había conseguido el contacto.

En Navidad no pudieron matar ningún pollo, pero Francisco se espabiló para poner ballestas y también subió a Santa Pellaia con la escopeta: Agnès pudo freír una buena pa-rillada de tordos y preparó una cazuela de arroz con conejo

de bosque; la acompañó con los cardenales que habían salado cuando Calau todavía lo acompañaba todas las mañanas a buscar setas en los bosques de las Gavarres y, por las tardes, ranas en las pozas de la Verneda.

El primer día de marzo de 1885, cuando apenas amanecía, se concentró una multitud ante la puerta del número 21 de la calle Avall. Los primeros en llegar fueron su tía, con una manta para el viaje, y sus primos, que le llevaban pan con tortilla de judías y butifarra. Enseguida se presentó el cura, que a toda costa quería bendecirlo, y después fueron llegando las vecinas, que le abrazaban como si nunca fuera a regresar. También estaba el señor Forns, que le había prometido que le acompañaría hasta Sant Feliu de Guíxols. Cuando llegó Fullaca con la tartana, Francisco no se lo podía creer: con las riendas de la yegua en la mano, era Calau quien conducía. Le saludó como si no se hubieran dejado de ver:

—¡Vamos, muchacho, que vas a perder el barco! —gritó. Y se echó a reír como un loco.

Francisco levantó la mano para despedirse de todos. Abrazó una vez más a sus hermanos Agnès y Joan, que estaban llorando, y se subió a la tartana.

La niebla se mezclaba con el humo de los dos talleres que habían sobrevivido a la filoxera, y el olor a corcho hervido les acompañó hasta las afueras de Llagostera. Cuando se disponían a bajar por el camino de Solius, Francisco le pidió a Calau que parase un momento. Se bajó de la tartana y se quedó de pie, mirando hacia Cassà para tratar de retener la silueta del campanario, pero pronto desistió. Pensó que, a partir de aquel día, no debía recordar nada de su pueblo.

Calau vio un nubarrón que se acercaba por levante, por encima de los bosques de Romanyà.

—Vamos, que está tronando.

—Calau lleva razón. Si queremos estar al mediodía en Sant Feliu, no podemos entretenernos. Aún nos queda un trecho —asintió Fullaca.

Y los cuatro se apresuraron a subir de nuevo: el carretero y los dos chicos, de un brinco, en el banco delantero de la tartana; el viejo Forns, más despacio, apuntalando el culo en las tablas traseras y girando las piernas hacia el interior de la caja.

Al mediodía llegaron a Sant Feliu. Fullaca detuvo el carruaje en el paseo, junto a la arena, y Francisco vio por primera vez el barco que lo había de llevar hasta Sète. El Verge de Montserrat se hallaba fondeado en medio de la bahía; un montón de barcas iban y venían desde la playa, cargando provisiones al tres palos. Las planchas de corcho ya estaban en las bodegas y también se veían fardos en la cubierta.

—Con tanto corcho no hay peligro de que os hundáis —bromeó el señor Forns cuando vio que Francisco miraba con aprensión la tormenta que ya descargaba en alta mar—. ¡Piensa que el corcho flota tanto que los romanos ya lo usaban para fabricar boyas y lo encorchaban en las redes! —añadió, como si le estuviera impartiendo una clase.

Calau ayudó a Francisco a subir su equipaje a una de las barcas y lo acompañó a bordo. Cuando hubieron descargado el baúl, se acercó a él, fingiendo desinterés.

—Te he traído algo.

Y se sacó del bolsillo un frasco de cristal, con la tapa agujereada y una rana verde que respiraba hinchando todo su cuerpo.

—Es de las balsas de la Verneda. ¡La primera del año! Con este frío no he podido encontrar ningún grillo —se disculpó—. Te habría dado la tabarra durante todo el viaje, pero la rana quizás consiga que tardes un poco más en olvidarnos.

—¡No os olvidaré nunca, burro!

—Pues harás mal. Es lo que te conviene. Si te vas, te vas. Y sanseacabó.

Cuando regresaron a la playa, el viejo Forns también tenía un regalo, un libro encuadernado en piel que Francisco reconoció enseguida: *Le Comte de Monte-Cristo*. Lo habían utilizado aquellos últimos meses en las clases de francés. Abrazó al señor Forns, que también parecía emocionado. Después volvió a abrazar a Calau, se dio media vuelta, corrió hacia la barca y se sentó de espaldas a la playa, para ocultarles su emoción.

Los marineros remaban deprisa y enseguida se alejaron de la arena. Francisco aprovechó para mirar atrás y vio al señor Forns y a Calau diciéndole adiós con la mano. Se puso de pie de un brinco y empezó a mover los brazos.

—Siéntate o volcarás la barca —le gritó uno de los marineros.

Cuando anocheecía aún no habían levado anclas. Se quedó en cubierta, agarrando con fuerza el frasco con la rana de Calau, y le pareció distinguir dos manchas en la arena, pero no debían de ser ellos, porque ya hacía un buen rato que no se veía la tartana.

Por la noche, cuando entró en la bodega, abrió su baúl y palpó las pocas cosas que se llevaba a Francia: la cuchilla de cortar corcho y el cuchillo grande de su padre; el último cuadro que había cortado su padre antes de morir y la medalla de la Virgen de los Ángeles de su madre, que Agnès le había puesto en las manos por la mañana, cuando ya subía a la tartana. También palpó el frasco de cristal con la rana de Calau y el libro en francés del señor Forns; se moría de ganas de leerlo, pero no podía encender una vela, porque los marineros ya estaban dormidos.

Recordó las palabras de Calau y las repitió en voz baja:

—Es lo que te conviene. Si te vas, te vas. Y sanseacabó.

Y él también se quedó dormido.

«LES CATALANS»

Se despertó en plena oscuridad y supo que ya navegaban, porque el Verge de Montserrat se agitaba como una coctelera. Sintió el estómago revuelto y tuvo que salir a cubierta. Apoyado en la borda, se concentró en la silueta oscura de un litoral que se alejaba y apenas reconocía. Con la primera luz del alba se le pasó el mareo. Acababan de rebasar el golfo de Roses y una punta que debía de ser el cabo Norfeu. El barco empezó a separarse de los acantilados. Después de un buen rato navegando mar adentro, aún no habían perdido totalmente de vista la costa. Francisco se cansó de aquella inmensidad y regresó a la bodega. Abrió su baúl y se acercó a la cara el cuadro de corcho de su padre para olerlo. Cogió el ejemplar de *Le Comte de Monte-Cristo* y volvió a cubierta. Encontró un fardo de corcho en la esquina de la caseta de popa, se sentó y abrió el libro al azar:

A cien pasos del lugar donde ambos amigos, con las miradas clavadas en el horizonte y aguzando el oído, se bebían el espumoso vino de La Malgue, se elevaba, detrás de un cerro pelado y roído por el sol y por el mistral, el barrio de los catalanes. Un día, una colonia misteriosa salió de España y fue a parar a la lengua de tierra donde aún se encuentra actualmente. No se sabía de dónde venía aquella gente que hablaba un idioma desconocido. Uno de los jefes, que entendía el provenzal, pidió al

municipio de Marsella que les dieran ese promontorio árido y pelado en el que, como los marineros antiguos, acababan de sacar del agua sus barcos. La petición les fue concedida y, tres meses después, alrededor de las doce o quince embarcaciones con las que habían llegado aquellos gitanos del mar, se levantaba un pueblo.

Cada vez estaba más sorprendido. ¿Gitanos del mar? ¿De quién demonios hablaba Alejandro Dumas? Vio al marinero que la tarde anterior le había regañado en la barca, en el puerto de Sant Feliu. Ahora estaba haciendo nudos apoyado en el palo de mesana, y admiró la elegancia con que movía las manos, como las mujeres cuando seleccionaban los tapones en la entrada de su casa. Llevaba el torso desnudo y mostraba la piel curtida por el sol, bañada por una capa muy fina de sal, como una telilla blanquecina. En las horas que llevaban a bordo ya le había sorprendido su fuerza sorprendente, salvaje. Puede que fuera agitanado, pero emanaba una dignidad incontestable. Volvió al libro:

Construido de una manera extraña y pintoresca, medio moro y medio español, es lo que hoy vemos habitado por los descendientes de aquella gente que habla la lengua de sus padres. Al cabo de tres o cuatro siglos, siguen fieles al pequeño promontorio sobre el que se lanzaron como una bandada de aves marinas, sin mezclarse para nada con la población marsellesa, casándose entre ellos y conservando sus costumbres y el vestido de la madre patria de la misma manera que han conservado su lengua.

Retrocedió unas páginas y buscó el título del capítulo: «Les catalans». Empezó a leerlo línea a línea, intentando revivir la impresión que le habían causado aquellas páginas cuando las leyó con el señor Forns, pero no la recordaba.

Ahora le desconcertaban. Nadie le había dicho que hubiera catalanes pobres y mal considerados en algunas barriadas de grandes ciudades francesas como Marsella. Atrapado por el giro inesperado de la historia, mi bisabuelo leyó de un tirón hasta la declaración de amor de Fernand, un joven pescador catalán, enamorado de su prima Mercedes. Cuando ella le rechaza porque está comprometida con Edmond Dantès, el héroe de la novela, el pescador hace un gesto de rabia y la muchacha trata de calmarlo:

Le comprendo, Fernand: se volverá contra él porque yo no le quiero a usted. ¡Cruzaré su cuchillo catalán con su puñal! ¿Y qué conseguirá? Perder mi amistad si acaba vencido o verla transformada en odio si sale vencedor. Créame, buscar pelea con un hombre es una mala manera de gustar a la mujer que le ama.

Siguió leyendo todo el día, presintiendo la traición de Fernand. Cuando dejó el libro, aún estaba confundido.

«¿Y si yo también acabo en una barriada de catalanes pobres? ¿O en una choza, como Mercedes? ¿Y si me vuelvo falso y traidor como Fernand? ¿Y si termino peleándome con alguien a cuchillo?», escribió aquella noche mi bisabuelo Francisco en su diario. Y por primera vez, las páginas de la libreta de aguas negras y azules dejaban entrever una incertidumbre.

Después debió de consolarse con la determinación del conde de Montecristo y soñar con los tesoros que estaban por descubrir, porque, por primera vez desde que había salido de Cassà, se sintió en paz y se quedó dormido como un tronco, tumbado en cubierta, hasta que le llamaron a la mañana siguiente.

—Espabila, que ya estamos en Sète y vas a perder la barcaza que te llevará a Toulouse.